



# Poeta en Granada

Paseos con Federico García Lorca

IAN GIBSON

# POETA EN GRANADA

*Ian Gibson*

Paseos con Federico García Lorca

1.ª edición: septiembre, 2015

© Earl Company, S.A., 2015

Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

[www.silviabastos.com](http://www.silviabastos.com)

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

DL B 20067-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-167-0

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

## Contenido

Nota previa

Citas, fuentes, siglas

Introducción. Federico García Lorca y Granada

Paseo Uno. «Alhambra, jazmín de pena donde la luna reposa»

Paseo Dos. Deambulando por la Colina Roja

Paseo Tres. Por el corazón de Granada

Paseo Cuatro. «Estudiante empieza con E»

Paseo Cinco. «El dolor o la muerte me cercan la casita»

Paseo Seis. La ciudad de los cármenes

Paseo Siete. San Miguel, patrón gay de Granada

Paseo Ocho. Por los pueblos del poeta. La Vega de Granada... y Moclín

Paseo Nueve. Ruta de la pasión y muerte de Federico García Lorca

Indicaciones prácticas

Bibliografía

Ilustraciones

## Nota previa

Este libro está en íntima deuda con Richard Ford, autor de la más extraordinaria guía de España jamás escrita: *A Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home* (Londres, John Murray, 2 tomos, 1845). Nótese la palabra «*handbook*», literalmente «libro en mano». Se sobreentiende que se trata de un tomo de formato pequeño. En efecto, el de Ford, impreso a dos columnas, mide 11 × 17 cm. Nótese también lo de «*Readers at Home*» («lectores en casa»). Eran otros tiempos. Si bien no costaba mucho esfuerzo entonces llegar hasta la Península Ibérica desde Gran Bretaña —barcos había de sobra si se quería prescindir de Francia—, una vez dentro del territorio se amontonaban las dificultades para el viajero, sobre todo si era víctima de achaques o de nerviosismo. Ford y su editor se propusieron, pues, tener también en cuenta a aquellos lectores que a lo mejor nunca se arriesgarían a transitar por los caminos, llanuras, montañas y desfiladeros españoles, con sus ventas poco europeas y sus (exageradas) amenazas de bandoleros, pero que disfrutarían acompañando por ellos a un autor que parecía conocer cada rincón, cada retablo, cada refrán y cada receta culinaria de un país tan «romántico», tan casi oriental.

Ford ha sido mi fiel vademécum por la piel del toro. Nunca me ha fallado. Tiene una sed de aventuras digna de don Quijote, y si la iglesia, el cuadro o el puente existen todavía, su descripción de ellos sigue siendo la mejor. ¿Se impacienta a veces ante los que considera vicios o deficien-

cias de los españoles? Sí, pero en general prefiere insistir sobre sus virtudes.

Tuvo la inmensa suerte de poder pasar dos veranos en plena Alhambra, y su descripción de los palacios, patios y jardines del recinto árabe es inmejorable. Con el *Handbook* en la mano le he seguido paso a paso por esta Meca andaluza de los viajeros extranjeros del siglo XIX, maravillados ante su belleza (en la Bibliografía el lector encontrará la referencia de la más reciente edición española).

Teniendo en cuenta a Ford he intentado escribir tanto para el viajero que llega a Granada en busca de Lorca cuanto al lector «en casa» (en España, en América) que, por la razón o las razones que sean, no lo puede hacer todavía en persona. Puesto que vivimos en la era digital y existen tan asombrosos y nunca vistos medios de búsqueda como Google Earth y Google Street Level, me imagino que muchos peregrinos lorquianos ya van llegando a la ciudad tras haber recorrido virtualmente sus calles y sus alrededores. En este libro, de todos modos, hemos incluido planos para facilitar, sobre el terreno o lejos, el conocimiento de los lugares granadinos frecuentados por el poeta o mencionados en su obra.

Al final del libro se incluye información práctica, la más actualizada posible, sobre páginas web (Alhambra y Generalife; Museo-Casa Natal Federico García Lorca, Fuente Vaqueros; Casa-Museo Federico García Lorca, Valderrubio; Huerta de San Vicente, Granada, etc.), librerías, entradas para el recinto árabe, etc., siempre sin olvidar que el tiempo, voraz, se puede encargar, en cualquier momento, de borrar lo previo, por lo cual más vale prevenir y hacer las comprobaciones y consultas necesarias antes de emprender el viaje.

## Citas, fuentes, siglas

La mayoría de las citas de Lorca incluidas en este libro procede de la excelente edición de las *Obras completas* a cargo del lamentado Miguel García-Posada, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 4 tomos, 1996. Siglas: I, II, III, IV.

Cuando se trata de otras fuentes lorquianas las indicamos en su momento.

Para la correspondencia se ha utilizado el magnífico *Epistolario completo*, edición de Andrew A. Anderson y Christopher Maurer, Madrid, Cátedra («Crítica y Estudios Literarios»), 1997. Sigla: EC.

En cuanto a las citas de otros autores, la paginación indicada corresponde a la del artículo o libro recogido en la Bibliografía

Creo que será útil para el lector tener aquí una relación de los principales textos en los cuales el poeta dilucida su «teoría» de Granada. Nos referiremos con frecuencia a ellos. En cada caso la edición citada es la de García-Posada. Cualquier admirador de Lorca deseoso de conocer la ciudad disfrutará mucho más su estancia si llega ya familiarizado con ellos:

*Alocución al pueblo de Fuente Vaqueros*, III, pp. 201-214.

*Arquitectura del cante jondo*, III, pp. 33-52.

*Banquete de gallo*, III, pp. 189-193.

*Canciones de cuna españolas*, III, pp. 113-131.

*Cómo canta una ciudad de noviembre a noviembre*, III, pp. 137-149.

*Conferencia-recital sobre el Romancero gitano*, III, pp. 178-185.

*Fantasía simbólica*, IV, pp. 39-41.

«Granada», en *Impresiones y paisajes*, IV, pp. 121-133.

*Historia de este gallo*, III, pp. 297-304.

*Importancia histórica y artística del primitivo canto andaluz llamado «cante jondo»*, III, pp. 1.281-1.303.

*Mi pueblo*, IV, pp. 843-867.

*Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos*.

*Un poeta gongorino del siglo xvii*, III, pp. 78-87.

*Semana Santa en Granada*, III, pp. 271-274.



## Introducción

### Federico García Lorca y Granada

*Dale limosna, mujer,  
que no hay en la vida nada  
como la pena de ser  
ciego en Granada.*

FRANCISCO A. DE ICAZA  
(azulejo en la Alhambra)

*Yo creo que el ser de Granada me inclina a la comprensión simpática de los perseguidos. Del gitano, del negro, del judío..., del morisco, que todos llevamos dentro.*

FEDERICO GARCÍA LORCA,  
1931 (III, 378)

Federico García Lorca gustaba de proclamar que era granadino. A veces, afinando más la puntería, explicaba que no vino al mundo en la capital de la provincia sino «en el corazón» de su hermosa Vega, y que era hijo de un rico terrateniente, Federico García Rodríguez, y de una maestra, Vicenta Lorca Romero. Estimaba haber heredado de él la pasión, de ella la inteligencia (III, 364).

«Amo en todo la sencillez —declaró—. Este modo de ser sencillo lo aprendí en mi infancia, allá en el pueblo. Porque yo no nací en Granada, sino en un pueblo llamado Fuente Vaqueros» (III, 555).

Pueblo situado a dieciocho kilómetros de la capital. El acontecimiento tuvo lugar el 5 de junio de 1898. El futuro poeta pasó los primeros once años de su vida en la feraz llanura regada por el Genil y su afluente el Cubillas, con so-

lo un breve paréntesis escolar en Almería. No llegó a Granada con su familia hasta 1909 (aunque solía decir, para redondear, que fue en 1910). Resultaría ser fecha clave en su vida y simbólica en su obra: la pérdida del paraíso infantil y el inicio de una difícil adolescencia. Se aprecia, por ejemplo, en el maravilloso poema «1910 (*Intermedio*)», escrito desde la nostalgia experimentada en Nueva York:

*Aquellos ojos míos de mil novecientos diez  
no vieron enterrar a los muertos  
ni la feria de ceniza del que llora por la madrugada  
ni el corazón que tiembla arrinconado como un caballito  
de mar.*

*Aquellos ojos míos de mil novecientos diez  
vieron la blanca pared donde orinaban las niñas,  
el hocico del toro... (I, 512)*

La Vega aparece muy a menudo, nombrada de manera explícita, en la copiosa *juvenilia* lorquiana, siempre inseparable de la afamada ciudad que se asienta en su orilla este. Luego, pero ya más entre líneas, se percibe su influencia en sus tragedias rurales —*Bodas de sangre*, *Yerma*, *La casa de Bernarda Alba*—, que se nutren del lenguaje oído y asimilado durante su niñez.

Ante todo, Lorca es criatura del campo granadino. Las raíces de su sensibilidad y de su obra se hunden en la Vega de Granada y se congratulaba de ser un «poeta telúrico, un hombre agarrado a la tierra, que toda creación la saca de su manantial» (III, 613). En su conferencia sobre Góngora hizo una declaración muy explícita al respecto, subrayando lo que el lenguaje metafórico tanto del poeta cordobés como de él mismo debía a la cultura tradicional del Sur:

En Andalucía la imagen popular llega a extremos de finura y sensibilidad maravillosas, y las transformaciones

son completamente gongorinas.

A un cauce profundo que discurre lento por el campo lo llaman un *buey de agua*, para indicar su volumen, su acometividad y su fuerza; y yo he oído decir a un labrador de Granada: «A los mimbres les gusta estar siempre en la *lengua del río*.» Buey de agua y lengua del río son dos imágenes hechas por el pueblo y que responden a una manera de ver ya muy cerca de don Luis de Góngora. (III, 1.307)

Es muy interesante constatar que, entre los títulos anunciados como en preparación al final de su primer libro, *Impresiones y paisajes* (1918), Lorca incluye uno titulado *Tonadas de la Vega* (*Cancionero popular*). Nunca se publicó pero el proyecto demuestra que ya, a los veinte años, era consciente de estar musicalmente en deuda para con su «patria chica» veguera.

La palabra «vega» procede de una voz muy antigua, prerromana, y significa, según el diccionario etimológico de Joan Corominas, «terreno regable y a veces inundado». Me imagino que Lorca era consciente del renombre de la de Granada entre los poetas árabes, que la consideraban superior en extensión y fertilidad al hermoso valle de Damasco, la Guta (Ford, p. 108).

¿Cómo veía a Granada, cómo la sentía?

Las palabras que coloqué al inicio de esta introducción son muy clarificadoras al respecto. El poeta se identifica desde sus escritos juveniles con la Granada ausente, la Granada «tomada» por los Reyes Católicos en 1492, la Granada traicionada y machacada por los cristianos —que conculcaron casi en seguida las capitulaciones acordadas con los musulmanes—, la Granada de la expulsión de los judíos, de la conversión forzosa y luego destierro de los ya designados, en sentido peyorativo, «moriscos», la Granada repoblada por gentes de otras regiones de España.

Habría que señalar que los judíos granadinos llevaban viviendo en Granada muchos siglos antes de la llegada de los árabes a la Península Ibérica en 711 después de Cristo. Lorca lo sabía, sin duda. Además creía que su segundo apellido era, precisamente, de origen hebreo (III, 487).

Lo terrible es que no queda ni un vestigio del barrio judío de Granada, situado más o menos donde hoy está El Realejo.

En declaraciones al gran diario madrileño *El Sol* en 1936, dos meses antes de su asesinato, fue preguntado por su opinión de la Toma. No se quedó en barras. «Fue un momento malísimo —escribió—, aunque digan lo contrario en las escuelas. Se perdieron una civilización admirable, una poesía, una astronomía, una arquitectura y una delicadeza únicas en el mundo, para dar paso a una ciudad pobre, acobardada; a una “tierra del chavico”, donde se agita actualmente la peor burguesía de España» (III, 637).

Con ello reafirmaba la visión de la ciudad difundida por los románticos y viajeros del siglo XIX, encabezados por escritores como François-René de Chateaubriand (*Las aventuras del último Abencerraje*, 1826), Washington Irving (*Cuentos de la Alhambra*, 1832) o Victor Hugo, quien, sin haberla visitado nunca, incluyó en *Les Orientales* (1829) un poema, «Grenade», que no tardó en hacerse celeberrimo:

*L'Alhambra! L'Alhambra! palais que les Génies  
Ont doré comme un rêve et rempli d'harmonies;  
Forteresse aux créneaux festonnés et croulants  
Où l'on entend la nuit de magiques syllabes,  
Quand la lune, à travers les mille arceaux arabes,  
Sème les murs de trèfles blancs!...<sup>1</sup>*

No por nada Lorca le enviaría a su amigo José *Pepín Bello* una postal de la Alhambra y Sierra Nevada con el comentario de que Granada era «la más misteriosa y encantadora ciudad del mundo *musulmán*» (EC, p. 285).

Los románticos lamentaban, como luego Lorca, la entrega de la ciudad a Fernando e Isabel en 1492, y no pocos recogían la famosa anécdota relacionada con el forzado abandono de la misma por el último rey moro, Boabdil (también conocido como el Rey Chico). Según ella, cuando, en su éxodo hacia el sur, la comitiva llegó al punto desde el cual se atisban por vez postrera las torres de la Alhambra, su madre, Aixa, le espetó: «Lloras como una mujer por algo que no supiste defender como un hombre.»

Se trata del lugar conocido como El Suspiro del Moro.

Sobre Boabdil Lorca dijo lo siguiente, fantaseando un poco, en su conferencia *Cómo canta una ciudad de noviembre a noviembre*: «El granadino ve las cosas con los gemelos al revés. Por eso Granada no dio jamás héroes, por eso Boabdil, el más ilustre granadino de todos los tiempos, la entregó a los castellanos, y por eso se retira en todas las épocas a sus diminutas habitaciones particulares decoradas por la luna» (III, 139).

Uno de sus primeros poemas se titula «Granada. Elegía humilde»:

*Hoy, Granada, te elevas ya muerta para siempre  
En túmulo de nieve y mortaja de sol,  
Esqueleto gigante de sultana gloriosa  
Devorado por bosques de laureles y rosas  
Ante quien vela y llora el poeta español.  
Hoy, Granada, te elevas guardada por cipreses  
(Llamas petrificadas de tu vieja pasión).  
Partió ya de tu seno el naranjal de oro,  
La palmera extasiada del África tesoro,  
Solo queda la nieve del agua y su canción. (IV, 37)*

Abandonó pronto este registro, pero seguiría fiel a su concepto de Granada como ciudad «ya muerta para siempre», de alma ausente.

En las cartas a sus amigos se queja a veces con dureza del carácter de los granadinos actuales, descendientes de los repobladores, y los compara de manera desfavorable con otros andaluces. En 1925 le escribió a su amigo Melchor Fernández Almagro:

Granada es horrible. Esto no es Andalucía. Andalucía es otra cosa ... está en la gente ... y aquí son gallegos. Yo, que soy andaluz y requeteandaluz, suspiro por Málaga, por Córdoba, por Sanlúcar la Mayor, por Algeciras, por Cádiz auténtico y entonado, por Alcalá de los Gazules, por lo que es *íntimamente* andaluz. La verdadera Granada es la que se ha ido, la que ahora aparece muerta bajo las delirantes y verdosas luces de gas. La otra Andalucía está viva; ejemplo, Málaga. (EC, p. 301)

«Granada la que suspira por el mar»: así la define en su poema «Gráfico de la petenera» (I, 321). Y en sus comentarios al *Romancero gitano* señala cómo, para mucha gente, el «Romance sonámbulo» expresa «el ansia de Granada por el mar, la angustia de una ciudad que no oye las olas y las busca en sus juegos de agua subterránea y en las nieblas onduladas con que cubre sus montes» (III, 182).

El hecho es que, si bien Granada dista tan solo unos sesenta kilómetros del Mediterráneo en línea directa, la gigantesca mole de Sierra Nevada y sus estribaciones están en medio, destacándose desde cualquier punto de la ciudad su segunda cumbre más alta, el cónico y negro Picacho de la Veleta («El Veleta»).

Hasta allí subió el joven Federico con amigos en más de una ocasión. En una de ellas vio, allí abajo, «toda la Vega como una pimienta» (EC, p. 28). Lo que no sabemos es si alguna vez tuvo la suerte de atisbar desde tan alta atalaya las montañas de África. Más bien parece que no. Yo tampoco la he tenido y lo lamento.

Entonces era una odisea llegar desde Granada por carretera a Motril o Almuñécar, dado el escarpado carácter orográfico del terreno, y no había ferrocarril. Hoy hay autopista y el trayecto, antes penosísimo, se hace en nada.

En cuanto a Málaga, donde su familia solía pasar unas semanas cada verano, la adoraba, mientras, en su concepto, Sevilla, puerto como ella —gracias al Guadalquivir—, poseía una vitalidad negada a Granada. En su conferencia sobre Pedro Soto de Rojas lo dijo con énfasis contundente:

Granada ama lo diminuto. Y en general toda Andalucía. El lenguaje del pueblo pone los verbos en diminutivo. Nada tan incitante para la confianza y el amor. Pero los diminutivos de Sevilla y los diminutivos de Málaga son gracia y ritmo, nada más. Sevilla y Málaga son ciudades en las encrucijadas del agua, ciudades con sed de aventura que se escapan al mar. Granada, quieta y fina, ceñida por sus sierras y definitivamente anclada, busca a sí misma sus horizontes, se recrea en sus pequeñas joyas y ofrece en su lenguaje su diminutivo soso, su diminutivo sin ritmo, y casi sin gracia si se compara con el baile fonético de Málaga y Sevilla, pero cordial, doméstico, entrañable. Diminutivo asustado como un pájaro, que abre secretas cámaras de sentimiento y revela el más definido matiz de la ciudad. (III, 79)

Granada ceñida por las sierras que la rodean: la puntuación no podría ser más acertada.

El diminutivo en cuestión suele ser *-ico* (la expresión «¡Qué bonico!» es habitual por estos pagos).

En *Cómo canta una ciudad de noviembre a noviembre* volvió a comparar a Granada con Málaga y Sevilla y se fijó también en Cádiz:

Granada está hecha para la música porque es una ciudad encerrada, una ciudad entre sierras donde la me-